

## INTRODUCCIÓN

### El evanescente socialismo del sur de Europa

En 1983 estaban simultáneamente gobernando los partidos socialistas de España, Portugal, Francia, Grecia e Italia mientras que en grandes potencias como Gran Bretaña o la República Federal de Alemania sus homólogos habían sido desalojados del poder por la derecha conservadora o democristiana y en los Estados Unidos de América había llegado al poder Ronald Reagan. Es cierto que solamente en España y Grecia los socialistas eran partidos predominantes que gobernaban en solitario mientras que en Francia Mitterrand había llegado al poder con apoyo de los comunistas. Por su lado, tanto Mario Soares como Bettino Craxi encabezaban gobiernos de coalición con formaciones centristas.

Si volviéramos la mirada a diez o quince años antes, la situación era completamente inversa pues todos estos partidos salvo el minoritario partido socialista italiano sufrían dictaduras, estaban divididos o andaban inmersos en una decadencia como la veterana SFIO francesa. Los socialistas franceses procedieron a refundar su partido bajo el liderazgo de Mitterrand en 1971, consiguiendo aglutinar más adelante a los díscolos seguidores del Partido Socialista Unificado de Michael Rocard. Con el sesentaochista lema de "cambiar la vida" y debido a las características del sistema electoral francés, promovieron una especie de reedición del Frente Popular de los años treinta con un Programa Común de la Izquierda, cooperando con comunistas y republicanos de izquierda. Este camino de establecer un pacto de unidad de acción

de la izquierda no sería seguido por el resto de los partidos del sur de Europa, compitiendo todos ellos con diversa fortuna con fuertes partidos comunistas que se autodefinieron en los años setenta como eurocomunistas, con la excepción de los portugueses. Otra influencia ideológica del socialismo francés fue la exportación del proyecto autogestionario que pretendía romper con el capitalismo, diferenciándose de la socialdemocracia europea y del comunismo burocrático soviético. Por su lado, los socialistas italianos exportaron la idea de que socialismo no era equivalente a marxismo, reivindicando otras tradiciones como la libertaria y personalidades como Pierre J. Proudhon.

En cualquier caso, todos ellos aparentemente pretendían diferenciarse de los años “dorados” de la socialdemocracia europea de posguerra, que si bien había promovido la construcción del estado del bienestar no había roto con el capitalismo. Aquí habría que señalar, no obstante, que en caso de los partidos socialistas ibéricos, una vez que se había producido la unidad socialista y asentada la democracia, sus líderes Felipe González y Mario Soares no sólo recibieron como principal apoyo el del SPD alemán sino que sus referentes estaban más cercanos a los logros de la socialdemocracia escandinava.

Los modelos de partido también eran disímiles. Mientras que los socialistas franceses e italianos eran partidos de plurales corrientes de opinión, de lo que no pudo escapar el socialismo portugués pese a Soares, el PSOE renovado tenía una tradición de partido hipercentralizado, reacio a las tendencias después de su crisis de los años treinta y refundación de posguerra. Solamente en 1983 fueron formalizadas las corrientes de opinión con la minoritaria Izquierda Socialista pues las formaciones anteriores a la unidad socialista de 1978 no dieron lugar a corrientes aunque sobrevivieran clanes y la soldadura de muchas federaciones o partidos regionales, sobre todo la de los socialistas catalanes, estuviese lejos de ser perfecta. Además la construcción de España como Estado de las Autonomías tendría sus consecuencias en la evolución del partido en el sentido de un progresivo debilitamien-

to de su núcleo central federal en beneficio de la territorialización institucional.

A la postre, los socialistas ibéricos abandonaron las veleidades "terceristas", antes de su integración en Europa, promoviendo la modernización de España y Portugal y la construcción de un modesto Estado del bienestar. Del mismo modo, el recelo ante el recrudecimiento de la guerra fría desde 1979 no pasó de tímidas medidas de la Internacional Socialista a favor de la distensión y el desarme, virando el PSOE en el poder hacia posturas netamente occidentalistas. Sin embargo, la cuestión de la OTAN y de los euromisiles crearon tensiones partidarias no sólo en el PSOE sino entre el resto de los socialistas europeos fueran del norte o del sur de Europa. La cuestión fue candente no sólo entre los socialistas de la península ibérica pues partidos socialistas de países miembros de la OTAN, como los alemanes, británicos o italianos tuvieron grandes debates, criticando el despliegue de los euromisiles. En el caso de los laboristas en la oposición, y con líderes de la izquierda del partido, solamente después de 1987 se abandonó la idea de un desarme unilateral.

Los socialdemócratas germanos, por su lado, se manifestaron contrarios al despliegue de los euromisiles y el canciller Schmidt solamente pudo persuadir a la mayoría del partido con la condición de que el despliegue no se hiciera solamente en su país y se mantuvieran las negociaciones con los soviéticos para el control de armamentos. Hasta marzo de 1983, la deriva del SPD hacia el neutralismo, que consideraba que el despliegue soviético era defensivo, apoyada por Brandt, fue compensada por el Canciller con visitas a los países del Este para salvaguardar la distensión pese al recrudecimiento de la guerra fría.

Los socialistas ibéricos también partieron de una desfavorable presencia en el movimiento obrero donde predominaban los partidos comunistas. Esta era también la situación del sindicalismo socialista en Francia o Italia. Sin embargo, la UGT de España consiguió a lo largo de la transición equilibrarse con Comisiones Obreras llegando a triunfar en las elecciones sindicales de 1982-83. Mientras que la UGT portuguesa fue fundada en 1979, el sindica-

to socialista español había preservado su continuidad en el exilio, gozando de una fuerte presencia internacional, que coadyuvó a su reconstrucción en el interior de España como entidad diferente del partido desde 1971 pero sobre todo desde la celebración del primer congreso en la primavera de 1976. La importancia histórica de la UGT en el proyecto socialista y los éxitos electorales trajeron consigo un deseo de coparticipación en la construcción del estado del bienestar que, desde la llegada al poder del PSOE, fue dando lugar a un creciente desencuentro debido al deseo de ver realizados con rapidez logros sociales en un momento de crisis económica y la competencia con CC.OO. El desencuentro evolucionaría desde 1985 hacia la ruptura con la huelga general de 1988.

En cualquier caso, el PSOE perdió desde los años setenta el perfil histórico obrerista convirtiéndose en un partido interclasista o, en otros términos, abierto a las clases medias trabajadoras, incluidos las autónomas y de economía familiar, donde los sindicatos tenían menos poder que en países con partidos socialdemócratas o laboristas. Esta realidad se basaba también en la debilidad de los partidos políticos y los sindicatos, debido quizá a tantas décadas de regímenes dictatoriales y la incipiente construcción de la democracia.

Quizás los partidos socialistas de España y Portugal, pese a sus espectaculares resultados electorales, tenían de las tasas de afiliación más bajas de Europa en relación con sus votantes. Esto les hizo ser muy dependientes de las ayudas estatales y de otras vías de financiación privada. La relación de afiliados y votantes en el PSOE durante los años de la transición fue de uno a 100 mientras que los socialistas italianos, que obtenían resultados electorales por debajo del 15 por 100 de los electores tenían una fuerte militancia con una relación con sus votantes de uno a 10-15, pasando de tres millones de votos en 1976 a unos cinco en los años ochenta. En realidad, el modelo español estaba más cercano al de los socialistas franceses durante los años setenta, quienes en la decisiva elección de Mitterrand por la mínima como primer secretario en 1972 habían participado con solo 85 mil mandatos, obteniendo en las elecciones legislativas de 1973 poco más

de cinco millones de votos. Esto suponía un índice de un militante por cada 65 votantes.

Este fue, claro está, uno de los problemas de calidad de las democracias española y portuguesa, que, aunque con menores dimensiones, sigue afectando a sus sistemas políticos en el presente.

...

El presente libro arranca con una reflexión general sobre la transición de los partidos de la península ibérica, a cargo del reputado politólogo e historiador Hans Puhle, en la que concluye que no hubo tantas diferencias entre la gestión de los socialistas de España y Portugal en los años ochenta y noventa con la que había desarrollado la socialdemocracia europea de posguerra.

La transición interna del PSOE en el contexto europeo es relatada por Abdón Mateos. A pesar de cuarenta años de dictadura, la trayectoria del socialismo español tuvo numerosos puntos de contacto con la de otros partidos socialistas del sur de Europa, si bien el PSOE logró ser enseguida un partido predominante, con fuerte presencia en el mundo sindical, a diferencia de lo que ocurría con portugueses, franceses o italianos.

Los diversos procesos de refundación del socialismo catalán de posguerra hasta llegar a la unidad de 1978 con el PSOE en la que se estableció una confederación de partidos más que una mera integración, como ocurrió en otros territorios es tratado por José Luis Martín Ramos. El submodelo catalán tuvo ciertos paralelismos e influencias con el socialismo francés, dada la inicialmente fuerte implantación del PSUC.

Manuela Aroca traza los principales aspectos de la paralela reorganización de UGT, que partía de una clara inferioridad respecto a la presencia de Comisiones Obreras. Considera que la experiencia europea de muchos de sus cuadros retornados a España tuvo un valor añadido decisivo para hacer valer el modelo sindical uge-tista. Comparado con otros socialismos del sur de Europa, el caso español fue el único donde el sindicalismo socialista consiguió alcanzar una mayoría en las elecciones sindicales transcurrida la

época de la transición.

La importancia de la solidaridad internacional para el auge del PSOE desde la transición es analizada por Antonio Muñoz Sánchez. Utilizando fuentes alemanas, Muñoz se detiene en la ayuda alemana a través de la Fundación F. Ebert, enfatizando su carácter decisivo en los primeros momentos de la transición hasta las elecciones de junio de 1977.

La revolución de los claveles tuvo una notable importancia en el desarrollo de la transición española, sobre todo como modelo negativo rupturista a evitar desde el punto de vista de las diplomacias europeas y americanas. Sin embargo, lo ocurrido en Portugal, como nos cuenta Josep Sánchez Cervelló, aceleró la toma de conciencia democrática entre los españoles.

La evolución del refundado Partido Socialista portugués, en una fecha tan tardía como 1973 en Alemania, desde el grupo Acción Socialista, y la trayectoria política, electoral e ideológica desde los años setenta a finales de los noventa, con los planteamientos de "tercera vía" en el poder, es analizada, desde una perspectiva politológica, por Marina Costa Lobo y Pedro C. Malgahães.

El eurocomunismo fue una tentativa de los partidos comunistas del sur de Europa para imponerse sobre la alternativa socialista y alcanzar el poder político. Sin embargo, el caso portugués fue una excepción en esta evolución ideológica y estratégica, ya que los seguidores de Cunhal no llegaron a distanciarse del patronazgo soviético. Emanuele Treglia realiza un interesante análisis transnacional y comparativo de la apuesta eurocomunista.

Por último, Miguel Ángel Pérez Suárez relata las dificultades del sindicalismo socialista portugués, tardíamente constituido, para implantarse en la vida social portuguesa, en un contexto de fuerte radicalización del mundo obrero y campesino durante los primeros tiempos del nuevo régimen revolucionario y de difícil consolidación de la democracia.

La preparación de éste libro en todas sus etapas ha sido posible gracias a la colaboración del CIHDE de la UNED (proyecto

HAR 2012-34.132), de la Fundación Friedrich Ebert y, especialmente, la Fundación Pablo Iglesias.

Agradezco la colaboración de los autores y de los participantes Michael Ehrke, Alfonso Guerra, Dieter Koniecki, Rafael Simancas, Giulia Quaggio, Manuel Simón, Antoine Blanca, Antonio Costa Pinto, Manuel Loff, Luis Yáñez, Aurelio Martín Nájera y Reinhard Naumann.

**Abdón Mateos**

Catedrático de Historia Contemporánea. UNED.